

El OSOario: ese gran desconocido

En lo que a usuarios de biblioteca se refiere, se podrían enumerar gran cantidad de tipos. Alguna especie, debido a su curioso comportamiento, alcanza el rango de OSOario y deja numerosos enigmas sin resolver. Veamos cuáles son algunas de las acciones de este gran desconocido.

Querid@s compañer@s del metal, del vil metal. Tras la pregunta del millón que dejé en el aire en el artículo anterior, acerca del paradero del “perfect boss”, sé (porque conozco bien esta especie) que muchos jefes han estado frotándose las manos y dejando caer el guante, y hasta la revista, para ver si algún súbdito bibliotecario a la par que alma caritativa, se daba, le daba (al jefe), por aludido y le hacía protagonista de nuestra portada. Pero, señor@s, ¡su gozo en un pozo! La respuesta, a día de hoy, tres meses después, ha sido cero, conjunto vacío, negativo, error, niente di niente, desconocido, no comment. Silencio absoluto. Nadie se ha pronunciado. De lo cual se deduce no sólo que no hay jefes perfectos, sino que los bibliotecarios cada vez somos menos pelotas (aunque algunos las toquemos de vez en cuando). En fin, no perdamos el tiempo, ni generemos falsas esperanzas ni hagamos leña del árbol caído: no hay jefe perfecto y punto pelota (por seguir con el juego de palabras). Pero, vamos, que la oferta sigue en pie. Si algún día alguien tiene el placer de conocerle o, en un alarde de peloteo, decide presentar públicamente a su candidato, esa especie en extinción, un equipo de *Mi Biblioteca* dedicará, con gusto y curiosidad malsana, su tiempo y mejor hacer a ese extraño desconocido.

Y hablando de seres extraños, ¿no os parece que, brengando a diario con los usuarios, estos también son unos grandes desconocidos? Y no porque no sepamos de sus vidas: “¿... y cómo es él, en qué lugar se enamoró... a qué dedica el tiempo libre...” –que poco me importa a mí– sino porque no encuentro respuesta a muchas de las preguntas que me asaltan día a día cada vez que les atiendo. ¡Lástima ser tan observadora y no haber estudiado sociología o psicología! Con la primera seguro que los habría encasillado en alguna tribu y, en consecuencia, habría encontrado respuesta a tanta incógnita. Y, con la segunda, cuando menos, me habría ahorrado la factura mensual. En cualquiera de los dos casos, lo que sí tendría, ahora mismo, es el bolsillo más lleno y sosiego espiritual. Pero lo peor de todo es que lo comento con mis compañeros y resulta que me miran con cara de asombro, como si la loca o extraña fuera yo. Porque ellos no se percatan de lo que yo o, en caso afirmativo, no se cuestionan nada y, por tanto, ni sufren, ni se alteran y, mucho menos, buscan respuesta. Vamos, que lo que para mí es una cuestión trascendental, casi cartesiana, para ellos es pecata minuta, el chocolate del loro. Entonces, ¿qué pasa, que mis compañeros no ven las rarezas de los usuarios y sí las más? ¿Que venga Dios y lo vea! Y, si no, que alguien me explique a mí determinados porqués.

1. ¿Por qué el “OSOario” (dícese del usuario pesado cual oso) siempre deja abierta la puerta que se encuentra cerrada y cierra la que está abierta? ¿Acaso cree que es automática y se cierra sola? ¿Quizá piensa que es una forma de cortesía para facilitar la entrada al que viene detrás? ¿Tal vez son su afinada pituitaria o temperatura

corporal las responsables de tal acto? Y si la cierra, ¿por qué es dando un portazo? ¿Para sacarla del quicio o para sacarme a mí del mismo? ¿Para que nos espabilemos y nadie caiga en los brazos de Morfeo ni padezca pesadillas irreales? (va por mí seguro) ¿Para llamar la atención? (hay quién no sabe qué hacer para que se repare en él). ¿A modo de saludo, a lo Billy el niño o Harry el sucio? ¿Para que alguno nos infartemos y acabar así con la casta bibliotecaria?



2. ¿Por qué el OSOario o no da ni los buenos días o saluda a voces como si del león de la Metro se tratara: “¡Holaaa! A la paz de Dios (hasta que llegó, claro)”. Salgo corriendo de entre las estanterías y pasillos. Parezco el personaje de un cómic que ha salido de un libro, derrapando cual dibujo animado. Mis pies no se ven. Casi me desmorro contra el suelo, mientras le voy chistando y pidiendo que hable bajito por la gloria de su madre. ¿No oye, no le importa o no es capaz de hacerlo de otro modo?
3. ¿Por qué el OSOario se coloca escorado, a diestra o siniestra del mostrador, obligándonos a estirar el cuello como jirafas, hasta hacernos padecer de tortícolis crónica y a descolgar los brazos como primates para alcanzar los documentos? Yo

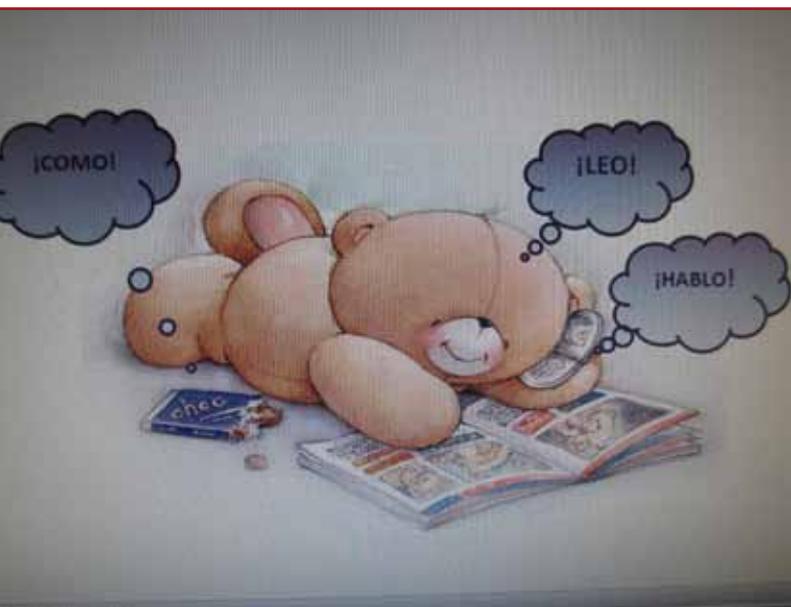
ya no soy lo que era. Ahora soy como E.T. No sí, al final, los usuarios no van a ser los únicos raritos, y voy a entender por qué no me saludan ni se me acercan (mejor por un ladito, no vaya a ser que, además de fea, mierda).

4. ¿Por qué, por el contrario, hay otros OSOarios, normalmente hombres, que se sitúan en el centro del mostrador y descuelgan sus manos, y hasta su torso, dándose casi de morros contra el teclado y metiendo(ME) las narices... donde a nadie le importa y susurrándome al oído “¿qué bien hueles!”? Lástima que no pueda decir lo mismo. Pero lo que sí está claro es que rara, fea o extraterrestre, hay gente para todo. Para que luego diga mi “espeso” que estoy fuera del mercado.
5. ¿Por qué el OSOario deja los documentos sobre el mostrador y no especifica si son para préstamo o devolución, presuponiendo que entre nuestras funciones está la de adivinar o la de preguntarle al señorit@? La próxima vez ni saco la bola ni pregunto, me debato en un duelo de miradas hasta que se me desprendan las lentillas y, como me rete, le planto dos velas negras y que adivine él...
6. ¿Por qué el OSOario presenta, para el préstamo de documentos, todos los carnés de que dispone en la cartera: el DNI, el del seguro médico, el del polideportivo, la tarjeta del VIPs, la de El Corte Inglés, Cortefiel o Pedro del Hierro... Hasta la del banco (seguro que alguna opaca ha pasado por



mis manos)... e, incluso, tarjetas de puntos de clubes de sospechoso nombre, que yo no sabía ni que existían (no los clubes, sino dichas tarjetas y de puntos)? ¿Por qué presenta todos los carnés menos el de la biblioteca que, irremediamente, y si hay suerte, llega en último lugar, tras media hora de espera? Anda, que... Para que luego digan mis compañeros que el usuario no es raro. Valgo más por lo que callo que... ¡Ains, si los bibliotecarios habláramos! (por eso quieren acabar con la casta).

7. ¿Por qué el OSOario, cuando lleva un documento en préstamo, “gusta de” preguntar la fecha de devolución en vez de mirarlo donde corresponde? ¿Y por qué el bibliotecario tiene cierta tendencia a fomentar estos caprichos estúpidos, facilitándoles la información? Yo no. Aquí sí que soy rara. O, mejor dicho, soy retorcida. Prefiero molestarme en decirle que son quince días de préstamo y que tiene la fecha anotada, que informarle sobre el día en cuestión. Y, si no, que hubiera saludado al entrar y no me hubiera hecho convertirme en un extraterrestre.
8. ¿Por qué al OSOario se le antoja, casi siempre, el documento de otra persona, el que está en el carro, el recién colocado en la estantería, el que no se presta y es de sólo consulta, el que está reservado, perdido o expurgado... y nada le complace ni calma sus ansias intelectuales entre los 45.000 documentos restantes de la biblioteca? ¿Rarito o caprichOSO?
9. ¿Por qué el OSOario, cuando hace uso de



otros servicios, deja la puerta entornada, en vez de debidamente cerrada, para evitar, entre otros, se “enmarrone” el ambiente, y, al ir a entrar uno, inocente y víctima al tiempo, me cierra la puerta en las narices, dejándome con menos dos palmas, y gritándome con indignación: “¿Que está ocupado!”? Pero, ¿y por qué no la cierran de entrada y así nos evitamos todos el “desaire” (en el más amplio sentido de la palabra)? ¿Y qué necesidad tengo yo de ver a nadie sentado en el trono, a calzón quitado, con las polainas sobre los pies, haciendo sus miserias y, lo que es peor, con un libro de la biblioteca encima de sus rodillas?



En fin, que empiezo y no termino: ¿por qué el OSOario o no habla o cuenta su vida en verso, considerando al bibliotecario su confesor, persona espiritual o *coach*? ¿Por qué, lejos de hablar en voz baja, publica, sin pudor ni vergüenza y dando vida al volumen, sus conversaciones? ¿Por qué ni apaga el móvil ni protesta cuando suena otro y, sin embargo, pone cara de perro de presa al sonar el de la biblioteca? ¿Por qué sufre fuertes crisis de amnesia en lo relativo a cuestiones de índole bibliotecaria? ¿Por qué olvida el abecedario? ¿Por qué nunca encuentra lo que busca cuando está perfectamente ordenado en su sitio? ¿Por qué en vez de buscar en los OPACs pregunta al bibliotecario? ¿Por qué cada vez que el bibliotecario se dispone a ordenar los fondos o a ir

¿Por qué el “OSOario” (dícese del usuario pesado cual oso) siempre deja abierta la puerta que se encuentra cerrada y cierra la que está abierta?

con urgencia al excusado aparece un OSOario pesado y sin prisa? ¿Por qué a menos de un minuto de la hora de salida, con las luces apagadas, sistemas desconectados y cierres armados, aparece alguien por cualquier sitio, cual exhalación, disparando las alarmas y dispuesto a llevar en préstamo, devolver o, simplemente, a llevarte a la tumba tras susto o muerte y, siempre, decidido a que te caiga la última del día? ¿Por qué los problemas derivados de ellos nacen, crecen, se multiplican y permanecen por más que l@s bibliotecari@s nos empeñemos en educarles y hacer cumplir las normas?

Enigmas sin resolver. O, lo que es lo mismo: el OSOario, ese gran desconocido.

Dedicado a todos mis usuarios, que no OSOarios. A aquellos que saludan, se comportan, cumplen con las normas, valoran y agradecen mi trabajo, y hasta me agasajan. ▲